

Javier López de Munáin: una vida de librero

Ricardo PITA



Javier López de Munáin, cabeza visible de la librería El Parnasillo, es considerado por muchos, sin temor a la exageración, cifra y emblema de los libreros pamploneses. En nuestra ciudad hay otros excelentes profesionales, por supuesto, y en este número se habla de varios de ellos; personas que ejercen no sólo la función de vendedores y comerciantes, sino también la de consejeros, difusores del libro como

81

vehículo central del conocimiento, dueños activos e inquietos de un saber cultural mediador entre las ofertas editoriales y los ciudadanos que acuden a sus tiendas. Eso sin contar con que El Parnasillo es una empresa con más socios y con otros trabajadores que cumplen funciones esenciales. Pero por su entusiasmo, afabilidad, experiencia, dominio del circuito editorial y librero, incluso por su papel privilegiado como consejero-protagonista en el escenario del local, la palabra de Javier López de Munáin resulta ineludible a la hora de retratar la situación y problemas de las librerías.

En este relato, en el que se ha preferido conservar únicamente su voz, sin las interrupciones de un entrevistador, Javier habla con largueza de todo ello, pero se remonta además a sus comienzos en el oficio, todavía en el franquismo, y dibuja la trayectoria de un colectivo, bien nutrido de ilusionados empeños, en la cual los ímpetus transformadores tropezaban todavía con penosos obstáculos represivos.

“En 1967 dejé Salamanca. Me había licenciado allí en Teología y me faltaba un año para acabar Filosofía, pero estaba harto del ambiente clerical de la ciudad y volví a Pamplona. Seguía teniendo muchísimas ganas de estudiar, e intenté comenzar aquí Periodismo, en la Universidad de Navarra, pero no me admitieron, a pesar de que mi examen de ingreso, estoy seguro, fue bueno. Entonces un amigo me sugirió estudiar en Bilbao, en Sarriko, Económicas, una carrera con una componente humanística, pero también con el fuerte peso de las matemáti-

cas, que me apasionaban. Bilbao, además, es una ciudad que adoro, por muchos motivos. Fui admitido, y entre 1967 y 1969 hice los dos primeros cursos de la carrera. Me pagaba los estudios dando clases en una academia, era delegado de curso y andaba en el Sindicato Democrático de Estudiantes. Pero en el 69, en pleno estado de excepción, me detuvo la policía; curiosamente, lo hizo el luego famoso Amedo, tras una carrera por la calle Ercilla... Me quitaron las milicias y tuve que ir al servicio militar.

Al acabar la mili pensé en volver a Bilbao. Me quedaban dos asignaturas de 2º y quería dar clases, porque, claro, mi familia no podía mantenerme. Pero nadie garantizaba nada. Así que estoy en Pamplona, y veo un anuncio en la prensa en el que buscan a alguien con estudios superiores para montar una librería en la calle Amaya. La que se llamó Librería *Andrómeda*. Era el año 70.

La bajera de *Andrómeda* había pertenecido a Manuel Abárzuza, el de la librería *El Bibliófilo*. Él tenía allí una tienda-almacén de papelería, revistas, etc. Yo sospecho que Manolo se endeudó con una distribuidora muy potente, la Distribuidora Navarra de Publicaciones, MAIDISA, que tenía capital del Opus. Lo de siempre: dejás que el cliente se vaya endeudando y un día te lo comes. Le quitaron la bajera y decidieron montar una librería. Pusieron el anuncio, acudí y me eligieron. Y ahí me ves, en octubre de 1970, en una librería. Yo de libros sabía..., pues eso, había estado toda mi vida envuelto en ellos, leyendo sin parar, pero comercialmente..., casi no sabía ni comprar. En mis años de Salamanca tenía todos los libros en la biblioteca, pero ni un duro para compras. En fin, que sabía de libros, de títulos, pero comencé desde la nada más absoluta.

82

A la librería le suministraba muchos libros, lógicamente, la distribuidora que la había montado, porque al fin y al cabo yo era su dependiente. Ellos llevaban editoriales como Bruguera, Plaza y Janés y otras que no recuerdo. Otro distribuidor en Pamplona era Carlos Clavería, el nacionalista vasco. Él, que había sido represaliado, llevaba editoriales como Seix Barral, como Aymá, que desapareció, y todo el bloque de Enlace, que era una distribuidora en la que participaban editoriales progresistas como Península, Anagrama, Lumen, Tusquets, Estela y otras. Luego estaba Felipe Gómez, el creador de un gran emporio. Ha muerto ahora, y también murió su hijo, que se llamaba igual. Felipe tenía la librería de la Plaza del Castillo, pero también la *Médico-Técnica* de la calle Castillo de Maya, y una infantil, en el mismo local en que ahora estamos nosotros. Y recuerdo que montó otra, la librería *Humanidades*, en San Juan, muy bonita. Tenía además imprenta, y distribuidora, y dominaba el libro de texto. Era un emporio. Nunca me lograré explicar cómo se hundió eso. De las editoriales, llevaba Alianza, Daimon, Destino... Y como le empezamos a hacer competencia, comenzó a ser un poco dificultosa la relación comercial con él, sobre todo a la hora de buscar fórmulas de pago y de depósito.

En *Andrómeda* estábamos una chica y yo, y ahí me empecé a rodar. Aparte de los libros, tenía lo que se llamaban atípicos: papelería, bolígrafos, cosas de regalo y música. Yo de música, salvo de la clásica, no sabía nada, y confiaba en el criterio de otros. Pero, como te digo, me empecé a rodar. En cuanto me daban vacaciones, me iba a Madrid y Barcelona, y me pateaba librerías, y sobre todo almacenes, y comenzaba a conocer el mundillo, sobre todo el del

libro prohibido. Aquellos años fueron muy gozosos, con toda la picaresca... Las librerías con trastienda, y sobre todo almacenes donde daban un tecla, se movía todo un tabique y de repente aparecía el paraíso de la prohibición. Me acordaré siempre de Pepe Latorre, de Nuevas Estructuras, una distribuidora que todavía funciona, y que estaba entonces en la calle Libertad. Encontrabas de todo: libros de la editorial Joaquín Mortiz (que era una filial mexicana de Seix Barral, donde editaban Goytisolo y tantos otros prohibidos), libros de Sender, de Alberti, todos prohibidos, editados en Argentina o México. Lo cuentas ahora y la gente no se lo cree. Y encontrabas sexo (el Marqués de Sade, por ejemplo), y política... Cuando digo política digo marxismo, o a lo sumo cosas de los anarquistas.

Hablando de esto, te contaré que el otro día me llama un señor y me dice: “¿Conoce usted un libro titulado *Técnicas sexuales modernas?*” Y me digo: ¡Socorro! ¿Cómo no me voy a acordar? ¡Vendí miles! En castellano lo había sacado la editorial Hormé, de Buenos Aires. Ya no existe. Ese libro, que respondía a un momento de mucha curiosidad y “hambre”, lo reeditaban aquí los distribuidores, en imprentas medio clandestinas, aunque pusiera “Impreso en Argentina”. ¿Cómo iban a traer 10.000 ejemplares de América, si querían venderlo a veinte duros?

Cuando te enviaban esos libros prohibidos, en el albarán, comprenderás, no figuraba bien su título, sino otro, en el que había una palabra que era la clave para saber a qué correspondía ese título. Recuerdo que tuve un lío con el responsable por entonces de las bibliotecas navarras, un prohombre de la política local. Vino el bibliotecario de Puente la Reina y me dijo: “¿Puedes conseguirme *La función del orgasmo* para la biblioteca?” Yo le dije: “Sí, pero en el albarán vamos a poner *La función del organismo*”. Bueno, pues el responsable de las bibliotecas detectó el pequeño truco. “¡Esto no es verdad!”, dijo. Y le obligó al bibliotecario a devolver el libro. Ningún bibliotecario podía elegir por su cuenta y riesgo un título, me dijeron. Y su secretario se envalentonó mucho, y me dijo, lo recuerdo muy bien, que el jefe era el único que sabía cuáles eran las necesidades culturales de los navarros.

En fin, ese mundo del libro prohibido era emocionante. Yo viajaba, hacía amistades, elegía lo que me interesaba y los distribuidores me lo mandaban para mis amigos y conocidos. Siempre estaba el riesgo del chivatazo, y había un control policial, aunque mínimo. Venía el policía y me preguntaba por ejemplo si tenía *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández. Yo ponía cara de no saber nada, y él, que en verdad no sabía nada, se iba.

Lo que sí pasaba es que la gente que quería leer no tenía dinero, ni un duro, y acababa robando los libros. De eso tengo un anecdótico... Con la forma que tenía la librería, pues nos robaban muchísimo. La gente inventaba además artilugios increíbles para robarnos. Cajas de zapatos con un mecanismo casero para meter el libro y que se cerrara sola. Eso lo hacían amigos. Siempre me acordaré de que se había editado a Max Aub, como novedad, creo que en Aguilar. ¡Pues me lo “levantaron” del escaparate! Con mucha vergüenza lo digo. Y además sé quién fue. Pero es que, como he dicho, no había dinero. Cosa que ha cambiado. Ahora la gente tiene dinero y no roba, o lo hace en un porcentaje pequeñísimo. Y sobre todo ocurre que la principal compradora es la mujer, y a ésta le da vergüenza andar robando. Pero en aquellos años era terrorífico.

Fueron años de aprendizaje. Me rodé, conocí a mucha gente, viajé incluso a la feria de Francfort. Pamplona era una ciudad turbia, clericona, pacata. Venía de Bilbao, que me encantaba, y esto... Aunque había sectores que se movían. Presentamos, por ejemplo, el primer libro de poemas de Miguel Sánchez Ostiz. Y yo, que había estado toda mi adolescencia y primera juventud fuera, conocí a mucha gente con la que comencé a andar, como Javier Mina, Manolo Bear, Jesús Ferrero, los poetas jóvenes de entonces...

En el 73 decidí marcharme de Andrómeda porque empezaba a estar incómodo, y sobre todo porque un grupo de amigos, en buena parte los que luego montamos la librería, teníamos ilusión por hacer algo por nuestra cuenta. Antonio (Sanz), al que conocía desde el año 68, de un grupo de teatro en el que anduvimos, me solía acompañar a Madrid y Barcelona. Antonio había decidido crear una distribuidora, en la calle Chapitela, en un cuarto que pertenecía al local donde Lola (Aldave) había montado con su cuñado la librería Elur, que funcionó durante algún tiempo.

Lo primero que se nos ocurrió fue juntar todos los libros que teníamos y montar una biblioteca de acceso público. Pero como no teníamos local, fuimos al Ayuntamiento de Pamplona a ver si nos dejaban algo, entre otras cosas porque uno del grupo, Martínez de Lecea, tenía a su padre creo que en Archivos. Y este hombre, que no consiguió que nos dejaran nada, recuerdo que nos dijo: "¡Joder estos del Parnasillo pamplonés!" De ahí surge el nombre de la que luego fue nuestra librería.

84

Eran años de muchas relaciones, casi de efervescencia. Por ejemplo, alquilamos un piso en la calle Dormitalería, frente a la Catedral, y allí teníamos nuestras reuniones, charlas, cenas, amoríos, sartenazos... Patxi Irigoyen escribió en una tabla: "Aquí yace el Parnasillo pamplonés, víctima del mal aliento secular". Miguel Sánchez Ostiz cita este piso en su libro *Pamplona, última estación*, y en particular habla de Javier Mina. Por allí pasaba gente que no te puedes ni imaginar. Una vez durmieron un grupo de polacas. Y en otra ocasión, un grupo de norteamericanos que venían huyendo de la guerra del Vietnam.

En el 73, Antonio, Lola, Santi Fresán, Patxi Irigoyen y yo decidimos montar *El Parnasillo*. Ni teníamos dinero, nada de nada, ni nadie que nos avalara. A nuestros padres no nos atrevíamos a pedirles. Hasta que una amiga que trabajaba nos dejó 50.000 pesetas. Empezamos a buscar locales, y nos decidimos por uno en Paulino Caballero, al lado de donde hace años está el bar Oslo. Nuestro propósito era controlar el presupuesto de acondicionamiento de la bajera al máximo, pero con las ideas de Patxi Irigoyen se nos disparó. Por ejemplo, pusimos una moqueta en las paredes que encareció mucho la obra. Pero quedó un local coqueto, bonito. Como no teníamos un duro, pasamos cinco años pagando letras aceptadas. No créditos, porque los bancos no te daban nada, sino letras aceptadas.

Empezamos a tener clientela pronto, por ejemplo la gente que había ido antes a Andrómeda. Pero el realce fuerte se produjo cuando empezó la época dura de agresiones, en esos años finales del franquismo. Teníamos la desgracia de estar en la "zona nacional", con lo que eso significaba de riesgo, porque estaba el bar Santi, en Mártires de la Patria (ahora Castillo de Maya), y el dueño había puesto otro Santi en González Tablas, y en el trayecto entre los dos



todos los fachones aprovechaban para mear donde nuestra tienda, apedreárnosla y pintarnos el escaparate. Eso nos lo ha contado gente que ha venido luego a pedirnos perdón. Pero la cosa se agravó porque uno, que acabó siendo pistolero en la Contra nicaragüense, nos quemó la tienda un domingo, "porque era roja". Y luego seguro que fue al Santi a vanagloriarse de lo que había hecho. Recuerdo muy bien que teníamos en el escaparate un libro de Grande Covián, que había editado Alfaguara, y ardió. Eso sí: recibimos un anónimo de algún vecino diciéndonos el nombre del pirómano. Y en el 76, con Fraga de ministro de la Gobernación, conseguimos, por medio de la conexión entre Alianza editorial, José Ortega Spottorno y *El País*, que Fraga mandara detenerlo. Fue a comisaría con su madre, y el juez le pidió 5.000 pesetas para posibles responsabilidades. Antonio y yo fuimos a decir que

85

no estábamos de acuerdo, que queríamos otro tipo de responsabilidades...

En otra ocasión nos ametrallaron la tienda, más de veinticinco disparos. Recibimos una llamada dándonos todos los datos de cómo era el coche en el que lo habían hecho. Claro que también recibí un anónimo donde me decían que "la próxima vez estas balas irán a tu putrefacta calva". Salimos en el telediario nacional, en un reportaje en el que se hablaba de nosotros y de otras librerías y distribuidoras que habían sufrido también atentados de la extrema derecha: por ejemplo en Barcelona (el grupo Enlace), en Madrid, en Donosti (la librería Lagun).

Frente a estos atentados, tuvimos un apoyo muy importante de la gente. Pero recuerdo igualmente que recibíamos presiones muy directas en otro sentido. Grijalbo editó, por ejemplo, un libro muy sencillo, con dibujitos, que se llamaba *De dónde venimos*, y venían algunos, y algu-

nas, a exigirme que lo retirara del escaparate. Piensa que estábamos en una zona de la ciudad donde muchos pensaban que no debían ser molestados. Tengo que decirte, sin embargo, que en el terreno ideológico nunca he querido hacer ningún apostolado, ni esconder ningún libro por reservas de esa clase. Yo he vendido a Marx, pero tampoco tengo ningún problema en tener ahora, yo qué sé, a Pío Moa, del que he vendido muchísimos ejemplares de *Los mitos de la guerra civil*.

De los cinco socios, Santi se fue al *Diario de Navarra*, y Patxi también se fue, porque no podíamos mantener aquello. Piensa que los créditos estaban a unos intereses altísimos, del veintitantos por cien. El quinto año, por ejemplo, fue muy duro. Menos mal que alguien nos echó una mano crediticia. En ese quinto año, en el 78, Gómez decide quitar la librería infantil, y nos trasladamos a ese local, al que seguimos ocupando. El pequeño tamaño de nuestra primera sede era ya un grave inconveniente. Inauguramos en octubre de 1978. Ya teníamos varios empleados. Casi siempre hemos estado ocho o nueve.

Los cambios en el comercio librero

En estos últimos años ha cambiado el funcionamiento del mundo del libro. Ya no existe el editor amante de su editorial, que mima sus libros, que los protege. Las editoriales han caído en manos de contables, y sobre todo de gerentes. Ya conocerás el libro de Schiffrin, *La edición sin editores*. Hace falta rentabilidad a corto plazo. Si un libro no rota en seis meses, fuera, desaparece. Y se destruyen los libros, porque guardarlos es caro.

86

Lo asfixiante es que las letras de pago son las que corren. Nos están obligando a números rojos. Las editoriales te abonan las devoluciones cuando les conviene a ellos, mientras que nos obligan a nosotros a abonarles a sesenta días lo que nos llega. Si ellos se atrasan en el pago de las devoluciones, pues ya tenemos el desequilibrio. Las editoriales producen y facturan, facturan y facturan, pero es una facturación en parte ficticia, porque nosotros devolvemos lo no vendido. Es una máquina que no puede parar, pero que origina un gran agobio. Eso sin contar con que se ha generado una esfera directiva costosísima, a la que le pagan unos sueldos que te caes de espalda, y que no han faltado las fantasías especulativas que han resultado ruinosas. Producción desmesurada, devoluciones infinitas, costos cada vez más altos por mover y mover los libros, enfados de los libreros, broncas, quiebras, mano de obra barata, de emigración, editoriales que en virtud de no se sabe qué extraños proyectos almacenan los libros y no consigues verlos (hemos estado un año sin ver libros del Fondo de Cultura Económica). Facturar, facturar... Y piensa que el mercado no da para tanto. El mercado no crece. Siempre leen los mismos. Yo ya sé quiénes leen aquí. Y veo las cifras, y no hay un crecimiento proporcional al incremento de novedades que se produce.

Además todos los editores se creen que son los mejores del mundo, y que sus libros tienen que estar en todas las librerías. Y les entusiasman las grandes pilas, esas que se ven en las grandes superficies. Si hay una pila de ejemplares de un título, te dicen, el cliente que entra va a creer que el libro es muy bueno. Pero yo no trago con eso si creo que es un autor que no merece la pena. Y les pido un ejemplar. Me responden: "¿Cómo que uno? ¡Hemos apostado por él!

¡Es un autor de culto!”. Eso lo han aprendido todos los viajantes. Y luego se pegan grandes torrazos. Se lo han pegado por ejemplo con el libro de Paul Preston sobre Juan Carlos. Se ha vendido, pero no como creían.

Te pueden llegar, cada día, sesenta o setenta títulos. ¡Tendrías que tener un aeropuerto para exponer todos! Así que hago un barrido rápido sobre lo que llega, y tomo decisiones veloces de devolución. Aunque eso no evita que ya te lo hayan facturado. Y si lo que te llega es un libro de un chaval que es agropecuario y por las noches escribe, pues igual es muy bueno, pero..., igual me equivoco, pero normalmente no.

Hay libros que tardan en comenzar a funcionar bien. Cierto. Pero el problema es que si te giran las distribuidoras las letras a treinta o a sesenta días, y llevas cuatro meses con un libro, y nadie lo ha tocado, pues lo devuelves, porque tienes que hacer espacio y porque la letra (de pago) corre. Es verdad que nosotros hemos llegado a tener en la librería algunos libros muchos años, a veces contra la opinión de mis socios, guiado yo por una especie de romanticismo. Son libros a los que casi les hablo. Me pasó por ejemplo con uno, editado en Argentina, de Palmiro Totgliatti, el que fue secretario del PC italiano. Yo le decía interiormente: “Palmiro, no interesas a nadie, pero aquí seguirás”. Hasta que un día, al cabo de años y años, una chica quiso comprarlo. “No te lo vendo”, le dije. Se extrañó. “¡Es que te lo regalo!”.

Para el futuro, tengo que reconsiderar lo que vamos a hacer con el servicio de novedades, que a veces es una trampa. Tenemos abierto un grifo, el de todo lo que llega, y puedes pensar: “Ya devolveré”. Pero hay que poner freno a la avalancha. A algunas distribuidoras, que llevan muchas editoriales, les voy a pedir que sólo me manden los libros de algunas de esas editoriales, y sólo un ejemplar de cada novedad. Y si quieres, les diré, envíame un fax, o un correo electrónico, de todo lo que ha entrado en tus almacenes, y nada más. ¿Sabes tú lo que supone de portes el trasiego de devoluciones de los libros? Nos gastamos casi un sueldo. Y no te digo nada de las tarjetas de crédito. Hoy un 60% de la gente paga con tarjeta. Y el porcentaje que se queda el banco por el uso de las tarjetas también nos supone casi otro sueldo. Si vas acumulando eso a los gastos de portes, y tienes que tener una persona que todas las mañanas esté devolviendo... Gastos. Te digo: las letras corren más rápido que los libros.

87

Los consejos del librero

En todos estos años, igual por carácter, creo que nunca le he dicho a alguien que me ha venido preguntando por un libro: “No sé nada”. O le informo de que ya está agotado, o le mando a otra librería donde igual lo he visto en el escaparate, o miro en internet, que ahora es una cosa fastuosa, o lo que sea. Este mundo del libro, como imagino que sucede en otros sectores, tiene que gustarte, y tienes que entender, y tener puntos de referencia. Me ayuda llevar 33 años, claro. Y tener la memoria fresca. Y me alegra lo que me dicen los editores, o los distribuidores. “Hay ediciones que sólo las vendes tú”. El checo Bohumil Hrabal, o Fernando Pessoa, o Julián Ayesta, con ese libro tan bonito de *Helena o el mar de todos los veranos*, o el poeta Miguel D’Ors, por ejemplo, los he recomendado con entusiasmo.

Sí, la gente me pide mucho consejo. Gente mayor, o gente con una fidelidad ilimitada, o gente que viene con una lista y no sabe qué elegir, o gente para la que simplemente tengo credibilidad. Y luego están los que vienen con datos muy vagos. Una señora me pidió un libro con estos datos: “el título es una palabra rarísima, y el autor tiene nombre de director de cine”. Pues acerté, caí en la cuenta. Me estaba pidiendo *La gaznápira*, una excelente novela de Andrés Berlanga. Aunque a veces te equivocas en los consejos. Por ejemplo, yo he apostado mucho por *El hombre que se enamoró de la luna*, y es un libro delicado, que según a qué personas puede tumbarles. Pero mi acierto depende de un saber que no te lo da un ordenador, sino el contacto con los libros, o la atención a gente de la que me fío, y que viene por la librería y me cuenta. Yo por ejemplo me defiendo bastante bien en el mundo de los clásicos, de la filosofía, de la historia, de la sociología. Aunque tengo una cierta laguna a la hora de orientar a los adolescentes de 14 a 17 años.

Un librero leyendo

Lo que no se puede es conocer al último modernísimo, a todos esos autores que constantemente aparecen. ¡Si yo, en el fondo, no salgo de Joyce, al que releo y releo! Bueno, leo otras cosas, por supuesto —por ejemplo, me ha encantado Coetzee, maravilloso—, sobre todo con una inclinación por los autores de habla hispana, y más si es poesía. Yo, una poesía traducida, una poesía escrita originalmente en una lengua que no conozco, no la leo.



En los últimos tiempos me ha gustado mucho Unai Elorriaga. Y me gustan Manuel Rivas, Marsé, Mateo Díez, Millás (más como articulista, lo mismo que Vicent), Trapiello (sólo sus diarios), y Miguel Sánchez-Ostiz, del que me gustan mucho sus diarios y sus novelas. También me interesa mucho el libro de historia: Grecia, pero también el siglo XIX. Y en ensayo me gusta y vendo fenomenal a Emilio Lledó.

Se ha desacralizado la literatura, y tal vez todo lo que llamamos arte o belleza. Antes, escribir era no va más, algo como de los dioses, accesible sólo a cuatro. Pero hoy escribe todo el mundo, aunque sea como terapia. La pintura lo mismo. ¡Todas las señoras jubiladas, a pintar! La música no tanto, claro. Ahora en la literatura parece que ya no existe ese autor maravilloso. Sin embargo, para mí sigue habiendo una especie de dioses en la literatura. Y creo que leer a los clásicos sigue siendo ese mínimo sacral... En general, y también en mí, veo que el lector, el muy lector, cada vez duda más y está más enfadado con lo que lee. Con lo que vuelve para atrás y se dice: “¡Si no he leído a Tolstoi, o a Proust, o a Dante!”.

El libro de bolsillo

Hay gente que parece que lo ha descubierto ahora. Y en España ha habido libro de bolsillo siempre. Fíjate en la colección Austral. O en Alianza. Qué colecciones. Aunque Alianza parece que están siempre como queriendo quitársela de encima. Bueno, pues nosotros, aunque están desapareciendo las librerías de fondo, y la mayor parte de ellas juegan con la novedad y el libro del momento, pues mantenemos una buena parte del fondo de bolsillo de los grandes sellos. Aunque nunca hemos tenido esos expositores que tanto nos ofrecen y que han

colocado en tantas librerías. Hacen zonas de sombra en el local, me estorban. Me gusta tener los libros organizados por sus lenguas, al margen de si son de bolsillo o no.

A pesar de todo, las cosas no deben de ir bien, y las editoriales sufren un fuerte *estocaje*. Hay editoriales de bolsillo de las que tengo un 60-70% de su fondo, y les hago pedidos tres veces a la semana. Cuido el fondo, lo repongo continuamente. Pues a pesar de eso me hacen ofertas que no me interesan, pero que revelan problemas en ellos. Ofertas que, eso sí te digo, no llegan a las que les hacen a las grandes superficies, a las que conceden descuentos muy superiores a los que nos dan a nosotros.

Sobre lo que sale en bolsillo hago mucha selección. Elijo autores muy concretos, buenos autores, porque hay mucha bazofia, y a veces formatos horribles, nada amables. Recuerda lo horrible que era el formato de Reno, de Plaza y Janés. Un libro feo, que se rompía. Ahora le han copiado a Penguin... Además, tenemos una clientela que compra menos bolsillo, o lo que sale ya lo han leído... Aunque, por ejemplo, novelas como *La reina del sur*, de Pérez Reverte, sí están funcionando en este formato. En cambio, a mí me da pena Austral, que siempre me ha gustado mucho. No sé si la cuidan, y además tal vez hayan perdido derechos de cosas que tenían.

Libro de texto

No hemos vendido nunca libro de texto de Educación Primaria. Detectamos la putrefacción de intereses de determinados directores de centros, que nos pedían, por ejemplo, un millón de pesetas así por la cara. Y en lo que se refiere al bachillerato, ahora no queremos arriesgar nada. Vendemos sólo sobre pedido. Y es que es curioso: las editoriales, de lo que más venden es de lo que menos margen te dan, y además con las condiciones más draconianas para devolver. Sólo puedes devolver el 10%. Del resto, si te equivocas en la cantidad del pedido, te lo tienes que "comer", a no ser que al año siguiente en el colegio o instituto recomienden el mismo libro. Acaba siendo un engorro. Así que ahora vamos sobre pedido.

En el libro de texto universitario, en cambio, tuvimos épocas excelentes. Pero se nos ha hundido ese terreno. Cosa que creo que ha sucedido en toda España. Por una parte, la fotocopia nos ha hecho muchísimo daño. Y por otra, están cambiando los hábitos de estudio. En clase ya no les exigen un libro único, sino capítulos sueltos de varios. Total, que antes vendíamos muchísimos manuales, y ahora sólo vamos sobre seguro, con pocos libros. Además la Universidad privada de Navarra trabaja mucho con su propio circuito, aunque hemos tenido épocas buenas con los estudiantes de Derecho y de Arquitectura (Periodismo, en cambio, siempre nos ha ido peor). Y el estudiante de humanidades de la Universidad Pública pues está un poco perdido. En Derecho, ahora sólo merece la pena el apartado de los Códigos. Lo demás, los abogados lo consiguen a través de las editoriales, que les ametrallan. En Arte y Arquitectura siempre nos ha ido bien, especialmente en Arte. Antonio (Sanz) es fundamental en esos campos. También en Ciencias Naturales. Y por supuesto, nos ha ido bien en los terrenos que yo domino más: literatura, filosofía, historia o psicología.

El perfil del comprador

En general, el comprador de nuestra librería responde a las tres condiciones que los sociólogos suelen señalar: nivel cultural medio-alto, poder adquisitivo suficiente y residencia en un medio urbano. Y cada vez compran más las mujeres. El otro día conté, y de veinte personas que había en la librería, dieciséis eran mujeres. De los hombres, los que leen son los de un nivel cultural y profesional potente, que tienen dinero. Y hay un grupo particular, que es el de los jubilados jóvenes, de cincuenta años o poco más, que les gusta leer con voracidad.

Una buena vida

Yo me siento satisfecho de mi vida. Creo que hemos hecho una obra más o menos bien. La gente te agradece que le hayas aconsejado. Y en estos 25 años ha habido momentos muy bonitos. Te puedo decir que en la librería siempre me siento bien. Entro y me olvido de otras preocupaciones. Es como mi pequeño reino, donde no me critican, y donde recibo respuestas de afecto, de amor. Aunque he sentido a veces cierta nostalgia por no haberme dedicado a la enseñanza, que me atraía fuertemente, sobre todo a la enseñanza universitaria, que ya sé que la otra, la no universitaria, está muy dura...".

90



*”librería
el parnasillo”*

Castillo de Maya, 45 · Teléf. 237258
PAMPLONA